

Rob Thomas y Jennifer Graham

veronica **MARS**

UN CABALLERO INDISCRETO

Traducción del inglés
Carmen Torres y Laura Naranjo

 NOCTURNA
EDICIONES

Título original: *Veronica Mars: Mr. Kiss and Tell*

Publicado en Estados Unidos por Vintage Books, un sello de Random House.

Basado en los personajes de la serie *Veronica Mars*, de Rob Thomas.

© de la obra: Rob Thomas, Warner Bros. Entertainment Inc. y Alloy
Entertainment LLC, 2015

© de la traducción: Carmen Torres y Laura Naranjo, 2016

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid
info@nocturnaediciones.com
www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: noviembre de 2016

Preimpresión: Elena Sanz Matilla

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Kadmos, S.C.L.

Código IBIC: YFB

ISBN: 978-84-16858-01-9

Depósito Legal: M-34703-2016

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

PRÓLOGO

Llovía en Neptune. Eso era raro incluso a primeros de marzo; la pequeña ciudad del sur de California solía presumir de cielos azules durante todo el año, pero se habían concentrado unas nubes procedentes del océano y ahora las gotas de lluvia tamborileaban sobre las casas de ricos y pobres por igual, el único gran nivelador en una ciudad sin clase media.

Una mugrienta furgoneta blanca rondaba por el extremo este de la ciudad, donde el paisaje zen daba paso a terrenos plagados de maleza. Allí no había casas de millonarios, ni *boutiques*, ni tiendas de surf ni centros de reposo para pacientes ricos sometidos a alguna operación de estética. Allí había casas prefabricadas apoyadas en bloques, bares de moteros y desguaces clandestinos. Todos los edificios resultaban sórdidos y estaban descoloridos por el sol, y las calles aparecían salpicadas de baches que hacían que la furgoneta rebotara sobre sus maltrechos amortiguadores.

Frank Kozlowski era vendedor de objetos usados igual que lo había sido su viejo. A su difunta esposa le gustaba decir que se dedicaba a las «antigüedades», pero el noventa por ciento de lo que encontraba eran auténticas porquerías: electrodomésticos rotos que

desmontaba para aprovechar las piezas o chatarra que reciclaba a dos dólares el kilo. Sin embargo, muy de vez en cuando encontraba algo realmente bueno. En una ciudad como Neptune, donde los ricos siempre tenían más de lo que necesitaban, un tipo motorizado y con iniciativa podía sacarse un buen pico. Muebles de alta calidad que sólo necesitaban un nuevo tapizado o un lavado de cara, ropa de diseño con manchas y roturas minúsculas, cuadros de pintura por números, señales antiguas de carretera y tarteras de metal con personajes de cómic de los setenta en la tapadera. Él rescataba lo mejor que encontraba y lo revendía en su garaje, en su mayoría a tipos jóvenes con sombrero tirolés y a chicas de pelo rapado con vaqueros de tiro alto de la época de sus madres, comprados en tiendas de segunda mano que utilizaban palabras como *naïf* y *auténtico* para describir sus mercancías. Kozlowski hacía caso omiso a la afectación o, en la mayoría de los casos, ni siquiera reparaba en ella. Aquellos chavales le pagaban la hipoteca y le llenaban la nevera de cerveza.

Conducía despacio bajo la lluvia, atento a cualquier tipo de destello procedente del monte bajo. Un rosario se balanceaba hacia delante y hacia atrás colgado del espejo retrovisor, casi sincronizado con los limpiaparabrisas. En el asiento del copiloto iba su pequeño chuchito de pelo áspero, *Gus*, alerta y con las orejas tiesas. Acababan de dar las siete de la mañana y ya llevaba dos horas dando vueltas. Hasta el momento, lo único que había encontrado era una pila de tablores combados, un tirador de latón y una silla de plástico picada con estigmas de quemaduras de cigarrillo.

Pero así era el negocio. Algunas mañanas eran un desastre. Otras, el hada de las porquerías iluminaba un sendero a tus pies y te conducía hasta algo especial. Eso era lo que verdaderamente lo sacaba de la cama a las cuatro de la madrugada en una noche oscura y fría como aquella. No tanto la promesa de dinero como aquel subidón de adrenalina, aquella emoción por el siguiente gran descubrimiento. Un hallazgo mágico bien valía cien viajes de mierda en balde. Nunca había sido capaz de explicárselo a Nell. Ella siempre refunfuñaba cuando él volvía con cacharros oxidados y llenos de mugre. «Dios, Frank, ¿por qué no te dedicas a las liquidaciones de patrimonio como todo el mundo? ¿A los mercadillos? ¿A las tiendas de segunda mano? Esta porquería es inútil».

Inútil. La palabra —la mera idea— lo había dejado boquiabierto. Nada era inútil. No si sabías quién lo necesitaba. No si sabías cómo salvaguardarlo. Ella nunca había valorado eso.

Sin embargo, aquel camino iba en ambos sentidos. Le había sorprendido el silencio de la casa durante el año que hacía desde su muerte (enfisema; nunca fue capaz de dejar los putos cigarrillos), le había sorprendido lo duro que le resultaba dormir sin sus pies helados en las pantorrillas toda la noche. Nunca tuvieron hijos. Ahora sólo quedaban *Gus* y él, y una energía nerviosa e inquieta que le hacía pasearse de habitación en habitación y que lo despertaba en medio del frío que precedía al amanecer, sacándolo de la casa y llevándolo a los vertederos y edificios abandonados que circundaban Neptune. Nunca pensó en llamar pena a aquel sentimiento.

Ahora que recorría la carretera solitaria, su mente vagaba. Pensaba en los donuts que siempre compraba de camino a casa y en la

ducha caliente que se daría después de descargar los trastos de su furgoneta. *Gus* también necesitaría un baño después de toda aquella lluvia y aquel barro. Acababa de decidir tirar la toalla y volver a casa cuando lo vio.

Allí.

Llevó la furgoneta hasta el arcén y apagó el motor. El borde de la carretera describía una pendiente pronunciada hacia un solar bordeado de alforfón y zumaque, un trozo de terreno asilvestrado con un cartel de «SE VENDE» clavado en un poste. El letrero llevaba allí al menos una década. Aquella no era precisamente una parcela de primera, situada a las afueras de la ciudad en los kilómetros baldíos que existían entre un destartado parque de caravanas y las instalaciones del correccional de menores del condado de Balboa. Medio Neptune parecía utilizarla como vertedero ilegal, lo que la convertía en una parada habitual en el circuito de Kozlowski. A lo largo de los años había encontrado buen material en aquel solar: una caja de *Playboys* muy manoseadas, una hamburguesa con queso de fibra de vidrio de casi dos metros de un autoservicio que había cerrado hacía mucho tiempo, la mitad delantera de un Buick Skylark del 68, que había vendido a una empresa de restauración... Y ahora había vislumbrado algo a través de la oscuridad plomiza, algo por lo que merecía la pena bajar trastabillando por aquel terraplén.

Gus salió de la furgoneta dando un saltito y echó a correr meneando el rabo a derecha e izquierda. Le gustaba la caza tanto como a Kozlowski; sentía la emoción de su amo y se alimentaba de ella. Él bajó detrás y cerró la puerta de golpe a su espalda. Unas agujas hela-

das de lluvia le picotearon las mejillas y el cuello. Encorvó los hombros para resguardarse del frío; las botas se le hundían en el barro. Por un momento, no vio nada y se preguntó si se lo habría imaginado, pero entonces lo volvió a encontrar: una figura de un rosa sucio, medio escondida entre las juncias. La forma de un vestido. ¿Un maniquí, tal vez? Su corazón dio el pequeño sobresalto que casi siempre significaba que podía apuntarse un buen tanto.

Se arrodilló junto a *Gus* y palmeó el cuarto trasero tembloroso del perro.

—¿Qué te parece? ¿Merece la pena mojarse por eso?

El animal se giró rápidamente describiendo un pequeño círculo. Aquella era respuesta suficiente para Kozlowski.

El terraplén era escarpado y resbaladizo. Fue bajando despacio, echándose hacia atrás para no terminar rodando. *Gus* lo adelantó a toda pastilla y luego se detuvo al pie del montículo para sacudirse el agua del pelaje. Kozlowski fijó la vista en aquella cosa tirada en el campo. Definitivamente, un maniquí; le veía los brazos y las piernas despatarrados en el barro. Una vez limpio y restaurado podría proporcionarle un billete de cien dólares en una tienda de antigüedades o de un sastre. Y cabía la remota posibilidad de que valiese más. Había oído de maniquís antiguos que llegaban a los setecientos u ochocientos pavos cada uno, a veces más si era un modelo raro en buenas condiciones.

Sin embargo, incluso a quince metros de distancia, aquel parecía bastante hecho polvo. Tenía la peluca tan enredada y sucia que era incapaz de adivinar su color original. El brazo izquierdo estaba

doblado en un ángulo extraño con respecto al resto del cuerpo, probablemente roto. Oscuros manchurroneos de barro envolvían la pálida figura. *Gus* salió corriendo hacia ella y se puso a dar vueltas a su alrededor mientras Kozlowski se acercaba.

Se encontraba a unos metros de distancia cuando el vello de la nuca se le erizó. Algo le daba muy mala espina. El ceñidísimo vestido del maniquí estaba subido hasta la cintura y sus nalgas esculpidas estaban desnudas a cielo descubierto. En cualquier otro momento habría pensado que era divertido tratar de imaginar por qué demonios los fabricantes habrían diseñado un maniquí de moda con un trasero tan realista. Pero allí, bajo la lluvia, despatarrado en el barro, parecía tan triste —tan nauseabundo— que sintió que un creciente malestar hacía desaparecer los símbolos de dólar que había imaginado.

Gus estaba tocando con la pata el torso del maniquí y de su garganta salía un fino gimoteo. Por encima del sonido de la lluvia, Kozlowski oyó el lejano graznido de un cuervo procedente de la hilera de árboles que bordeaba el solar. Se acercó sin apenas percatarse de la palpitación apagada de su rodilla ni del peso frío de su chaqueta vaquera empapada y se arrodilló junto a la forma destrozada en el tojo.

Entonces ocurrieron dos cosas a la vez.

La primera fue que sus ojos confirmaron lo que su sexto sentido ya sospechaba: que el color melocotón apagado no era fibra de vidrio, sino piel; que el vestido estaba tan desgarrado que no eran más que jirones; que la mugre negra que le recubría la piel estaba salpicada de manchas de rojo oscuro.

La segunda fue que la mano izquierda de la mujer —que sobresalía en un ángulo grotesco del resto del cuerpo— se contraía lentamente y los dedos se clavaban en la tierra.

Seguía viva.

CAPÍTULO 1

El calor propio de mediados de julio que reinaba en la Sala Tres era sofocante. Los asistentes allí congregados se habían quitado las chaquetas y desabotonado el cuello de sus camisas y blusas, transparentes a causa del sudor. Abanicos de papel improvisados, realizados a partir de panfletos de prevención de la delincuencia, aleteaban por toda la estancia. El aire acondicionado de aquella ala de los juzgados del condado de Balboa se había estropeado y, dado que las instituciones de justicia penal de Neptune, California, daban por sentado que la condena de Eli *Piojo* Navarro estaba cantada, no habían considerado necesario trasladar el juicio a una parte más fresca del edificio. Se suponía que no iba a llevar más de un día demostrar que aquel güey tatuado, con una hoja de antecedentes penales que se remontaba a la escuela primaria, había vuelto a las andadas.

«Neptune sabe bien cómo cubrirse las espaldas —pensó Veronica Mars, que estaba sentada junto a su padre casi al fondo de la sala—. Rara vez pescan a alguien que pueda permitirse un juicio largo. Si eres pobre y no eres blanco, las ruedas de la justicia corren rápido, aunque no a ciegas».

Se abrió el cuello de la camisa y le dio unos tironcitos para paliar los efectos del extinto aire acondicionado. «Aunque hay que decir que, cuando las forzamos, lo hacemos al más puro estilo hollywoodiense: juzgado asfixiante..., abanicos de papel..., taquígrafa secándose el canalillo... Sólo nos faltan los alguaciles vestidos de blanco como el coronel Sanders y la sala llena de tipos negros saturninos ataviados con monos de trabajo».

—Durante la semana pasada han oído cómo se desarmaban una a una todas las pruebas contra mi cliente. —Cliff McCormack permanecía en pie ante la sala; el pelo oscuro le tapaba la frente. Tenía cincuenta y tantos, medía más de metro ochenta y era anguloso. Llevaba un traje de chaqueta gris y una corbata verde *Jungle Jewels* un tanto estrambótica que parecía sacada del perchero de liquidación de los almacenes JC Penney. Su voz sonó profunda y ronca, como la de un bebedor de whisky, cuando se dirigió al jurado—. El supuesto testigo que declaró haberle vendido el arma al señor Navarro anuló su declaración en las semanas posteriores al incidente. Y la grabación de la llamada que hizo Celeste Kane a los servicios de asistencia en carretera de la Beacon Corporation, justo antes del incidente, también contradice buena parte de su declaración, incluido el hecho de que el señor Navarro la amenazara verbalmente.

«¿Soy yo o alguien ha puesto un toque extra de *sambal* en el *pad thai* de Cliff McCormack? El viejo caballo de guerra está echando el resto por Piojo». Veronica conocía al abogado de oficio de toda la vida; su padre y él eran buenos amigos. Era bastante sardónico y muy crítico consigo mismo —se consideraba el departamento de

saldos del sistema legal—, pero ella lo conocía bien. Cliff se partía los cuernos para tratar de conseguirles a sus clientes un trato justo, una labor quijotesca en una ciudad como Neptune, donde la justicia se vendía al mejor postor. Sin embargo, él era de los buenos.

—La acusación ha hecho todo lo posible por pintar a mi cliente como un criminal reincidente que ha vuelto a las andadas. Pero ¿qué pasa con los cinco años transcurridos entre su última condena y los acontecimientos que tuvieron lugar la noche del 25 de enero? Cinco años en los que Eli Navarro ha demostrado ser un ciudadano responsable y cumplidor de la ley en reiteradas ocasiones. Han oído a docenas de testigos (amigos, compañeros de trabajo, curas) que aseguran que mi cliente es un buen trabajador y un padre y un marido cariñoso, un modelo de reforma en todos los sentidos.

«Hmmm... Ahí te has pasado un poco, Cliffy», pensó Veronica. Estaba claro que, hasta hacía seis o siete meses, Piojo Navarro parecía un hombre distinto, a años luz del malote de instituto que ella había conocido una década antes. Por aquel entonces, Piojo era el cabecilla de la banda local de moteros. Su foto era ya un clásico en *¡ARRESTADO!*, el tabloide de los más buscados por la policía local. Pero cuando había vuelto a verlo hacía menos de un año en la reunión del instituto, parecía que por fin había sentado la cabeza. Estaba felizmente casado, era un padre cariñoso y regentaba un pequeño negocio.

No obstante, todo aquello había cambiado cuando intentó ayudar a Celeste Kane después de que su coche se hubiera averiado en una de las zonas más «coloridas» de la ciudad. Piojo se había desper-

tado en el hospital con un agujero en el hombro y una pila de cargos penales sobre su cabeza, incluidos intento de robo, intento de agresión y posesión de un arma letal. Celeste alegaba que la había amenazado y, según la policía, en el momento en que llegaron al lugar del incidente, el chico blandía en la mano una Glock robada. Por su parte, Piojo decía que llevaba años sin tocar una pistola.

Desde entonces, su taller de reparaciones había chapado. Ninguno de los ricos de Neptune quería que sus Bentleys y McLarens fueran examinados por un tipo que supuestamente había apuntado con una pistola a uno de los suyos. Había estado echando unas horas en el taller de chapa y pintura de su tío, pero apenas tenía para ir tirando. No era de extrañar, por tanto, que hubiera vuelto a las andadas con su vieja pandilla de motoristas depravados. Piojo se había cuidado bien de contarle a Veronica más de lo que ella, como detective e hija de un antiguo sheriff, necesitaba saber, pero aquella nueva discreción hacía más evidente aún que el chico estaba aumentando sus ingresos de manera alegal.

—Al final —dijo Cliff—, los argumentos de la acusación se han convertido en un castillo de naipes y han caído por el peso de preguntas sin respuesta y suposiciones disparatadas. Recuerden que la supuesta agresión tuvo lugar tan sólo dieciséis minutos después de que el chico hubiera acompañado a casa a la canguro. —Hizo una pausa para que aquel hecho calara hondo.

Desde su asiento, lo único que Veronica veía de Piojo era la parte trasera de su cabeza. Estaba casi rapada y brillaba de sudor. Las desvaídas letras góticas de un tatuaje eran apenas visibles trepando

por su cuello, justo por encima de la camisa. Tras él, una plétora de hermanos, primos, tías y tíos Navarro se apiñaban entre los asistentes, tensos y en silencio. Reconoció a Chardo, el primo que una vez había dejado que Eli pagara los platos rotos por un fraude con tarjeta de crédito. Al parecer, aquello era agua pasada.

A unas pocas sillas de Chardo, la mujer de Piojo, Jade, permanecía sentada con los hombros rígidos y la mirada fija en la tribuna del jurado. Cada vez que Veronica la veía, la guapa mujer de ojos de cierva le parecía más demacrada: ojeras oscuras y clavículas sorprendentemente pronunciadas y marcadas en su camiseta. Entre el cierre del taller, las facturas médicas, los cargos penales y la vuelta de su marido con sus inseparables colegas de la banda PCH, a Jade se le había venido el mundo encima. Y ahora, lo poquito que aún quedaba en pie amenazaba con desplomarse sobre ella inexorablemente.

—Según la señora Ortiz, el señor Navarro estaba sobrio, lúcido y contento cuando la dejó en casa. Así que ¿se supone que hemos de creer que pasó la noche de la reunión de antiguos alumnos del instituto planeando cometer una rápida agresión y un robo antes de comprar pañales e irse a casa con su esposa y su hija? Eso no tiene ningún sentido. ¿Por qué habría de arriesgarlo todo un pequeño empresario de éxito con familia para asaltar a una de las más célebres ciudadanas de Neptune? ¿Por qué un hombre que ha luchado sin descanso por escapar de una vida de delincuencia y pobreza iba a desperdiciarse un día y decidir echarlo todo a perder?

Sin duda, Cliff estaba echando el resto, aunque Veronica sabía que aquellas no eran las preguntas que quería hacer en realidad.

Mientras preparaba la defensa de Piojo, había hecho que Keith revisara las acusaciones de pruebas incriminatorias contra el Departamento del Sheriff que habían surgido durante los últimos años. Keith había encontrado a docenas de personas que se tenían por víctimas, todas ellas objetivos fáciles y previsibles: pobres con antecedentes, la mayoría de los cuales se declaraba culpable para no sufrir juicios largos y cargos inventados. Habían planeado utilizar todas aquellas declaraciones de falsificación de pruebas para mostrar un patrón de corrupción y ayudar a limpiar el nombre de Piojo, pero todos los testimonios habían sido desestimados antes del juicio. El juez Oglesbee los había calificado de «irrelevantes».

Veronica había visto a Cliff recibir varios golpes duros a lo largo de los años, pero aquel fue indignantemente doloroso. Cliff se apartó unos pasos del jurado y luego se giró de nuevo para mirarlo. Uno de los profesores de Veronica en la universidad de Columbia juraba que era capaz de averiguar el veredicto basándose en las expresiones de los miembros del jurado durante los alegatos finales. Sin embargo, por aquellas doce caras inexpresivas que distinguía en la tribuna, Veronica tuvo que concluir, con todos los respetos hacia su querido profesor, que aquello era una soberana tontería.

—Señores y señoras del jurado, cuando se retiren a deliberar, nos gustaría que considerasen lo siguiente: ¿la acusación ha respondido a alguna de estas preguntas? ¿Ha explicado las lagunas de las pruebas, los errores en el orden de los acontecimientos, la falta de un móvil creíble? Si la respuesta es no, Eli Navarro debería quedar en libertad. Muchas gracias.

Un murmullo se propagó por la sala. El juez dio dos golpes fuertes con el mazo.

—Se levanta la sesión para deliberar. Alguacil, por favor, acompañe al jurado a la cámara.

Veronica y Keith intercambiaron una mirada. A su alrededor, la gente se puso en pie arrastrando las sillas.

Lo único que podían hacer ahora era esperar.

CAPÍTULO 2

—¿Cómo puedes ponerte a hacer eso justo ahora?

Dos horas y pico después de que el jurado se retirara a deliberar, Keith Mars estaba sentado con su hija en un reservado de Miki's, un bareto de mala muerte de temática surfera situado enfrente del juzgado. Keith era asiduo de aquel lugar desde sus días como sheriff y la cafetería apenas había cambiado desde entonces. Por supuesto, había unos cuantos desgarrros más tapados con cinta adhesiva en los asientos de vinilo y unas cuantas abolladuras nuevas en las tablas de surf de fibra de vidrio que llenaban las paredes, pero el beicon seguía siendo crujiente y vendían tortitas las veinticuatro horas del día, como Dios mandaba.

Alzó la mirada del crucigrama que estaba haciendo para ver que Veronica, cuya tostada francesa seguía intacta en un charco solidificado de sirope, tamborileaba nerviosa con los dedos en su taza de café.

—No sé si te has dado cuenta, pero tu viejo es bastante avisgado. —Levantó el periódico para revelar una mancha de tinta azul, casi ilegible en la nítida cuadrícula negra del crucigrama—. ¿A cuánta gente conoces que tenga las agallas de hacerlo con boli?

—Lo pillo, Steve McQueen; te ríes del peligro y rompes todas las normas.

—Cariño, soy aquel tío de sangre fría de la plaza de Tiananmen. Y este crucigrama es el tanque... ¡que zigzaguea frenéticamente para escapar de la humillación! —Keith soltó una risa de suficiencia, asintió con exagerada lentitud y rellenó otra palabra larga.

Veronica puso los ojos en blanco.

—Perfecciona un poco más ese adelantamiento de barbilla al estilo Kanye West y te saldrá un buen curro entreteniendo a sus «putitas de segunda», como él las llama. —Suspiró y aporreó la taza con mayor insistencia—. ¿Cuánto tiempo más crees que tardarán?

Estiró la mano para alcanzar el asa de la taza, pero Keith interceptó el platillo y lo apartó unos centímetros.

—Quizá vaya siendo hora de dejar el café. Ya llevas cuatro tazas.

—Vale, tienes razón. Fue una buena idea no esperar en el bar. A esta hora ya estaría de pie en la silla intentando hacer los coros de «Livin' on a Prayer». —Apoyó la barbilla en la mano y suspiró—. Es que no puedo evitar obsesionarme con el caso de Cliff. Trato de imaginarme cuál será el veredicto del jurado para estar mentalizada. No me malinterpretes, su alegato ha sido muy sólido: ha rebatido todas las pruebas, ha hecho que la historia de la acusación sonara ridícula...

—Fíjate —dijo Keith—. Casi parece que hubieras estudiado Derecho. —Veronica había rechazado un trabajo en uno de los mejores bufetes de abogados de Nueva York para volver a Neptune, una decisión que a su padre todavía le costaba asimilar, incluso nueve meses

después. Que su hija siguiera sus pasos como investigadora privada nunca había entrado dentro de sus planes.

—Ojalá me hubiera quedado sólo en el «casi». —Puso los ojos en blanco—. En fin, siento como si pudiera pasar cualquier cosa. Si nos hubiesen permitido utilizar los testimonios de las pruebas falsas colocadas en la escena...

—Lo sé, pero no nos dejaron. No podemos seguir mortificándonos por eso. —Keith estiró la mano por la mesa y le dio una palmadita en la suya—. Mira, Cliff ha estado increíble. Ha hecho un trabajo fantástico teniendo en cuenta con lo que ha tenido que lidiar. Lo único que podemos hacer es esperar y confiar en que el jurado lo absuelva. Debemos aceptar que algunas cosas se escapan de nuestro control.

Veronica se quedó callada, midiendo sus palabras.

—¿Permiso para hablar con total libertad?

—Permiso concedido.

—Papá, lo que acabas de decir... es una de esas frases de ánimo que los vejestorios comparten en Facebook, no una respuesta de Keith Mars a que te la cuelen. Has hecho todo ese trabajo preliminar sobre las pruebas falsas y ahora no podemos ni usarlo. Además, Lamb está a punto de salirse con la suya otra vez, aunque Piojo se libre. —Dedicó a su padre una mirada de soslayo—. Sin mencionar el accidente de coche. Deberías estar más amargado por todo esto.

Él fingió volver a su crucigrama. Veronica llevaba meses buscando información sobre el accidente y él no iba a picar el anzuelo a estas alturas de la partida. Sabía que sospechaba la verdad, que se había

estado reuniendo con el agente Jerry Sacks por el asunto de las pruebas incriminatorias y que este estaba a punto de denunciar al departamento cuando alguien en una camioneta de reparto chocó contra el lateral de su coche, dio marcha atrás y volvió a embestirlo. Sacks había muerto y Keith había estado a punto de correr su misma suerte.

Keith llevaba seis meses investigando el accidente sin grandes resultados. La historia oficial era que Sacks estaba aceptando sobornos y que su relación con uno de sus contactos de los bajos fondos se había ido a pique. Pero no había encontrado ninguna prueba de que Jerry Sacks fuese corrupto. Y, aunque no había podido demostrar que el conductor de la camioneta trabajaba a las órdenes del sheriff Dan Lamb, lo creía a pies juntillas.

Motivo por el cual Veronica no iba a verse involucrada en el asunto. Lamb y compañía ya habían demostrado que estaban dispuestos a matar para mantener a salvo sus secretos. No iba a ponerla en peligro a ella también, por mucho que quisiera destapar la corrupción del departamento de policía.

—¿Por qué iba a estar amargado? Tú ya estás amargada por los dos. —Sonrió débilmente y anotó «RAMIS» en el doce horizontal: «Exterminador de fantasmas con gafas»—. En estos momentos, lo único que espero es que Eli no vaya a la cárcel. Si conseguimos que lo absuelvan, para mí será un éxito.

Veronica suspiró y bajó la vista, pero no discutió. Sabía que tenía razón. Neptune siempre había sido corrupto y seguiría siéndolo, con Lamb o sin él. Si Eli era declarado inocente, al menos habrían evitado que se convirtiera en la última víctima de la ciudad.

Sin embargo, Veronica nunca había sido buena eligiendo sus batallas, un rasgo claramente hereditario. Después de todo, Keith llevaba meses acumulando información en su portátil sobre Lamb y entrevistando a decenas de personas que aseguraban que el Departamento del Sheriff había colocado pruebas falsas para condenarlos o había hecho un uso excesivo de la fuerza o les había incautado pertenencias bajo una interpretación de la ley de registro y decomiso que se había sacado de la manga.

Aparte de las víctimas de los casos de las pruebas incriminatorias, Keith había conseguido ensamblar las piezas que componían una imagen clara de la corrupción interna del departamento. Lamb tenía montado un tinglado funcionalmente idéntico al de una banda criminal organizada. Los negocios locales pagaban por asegurarse protección; los que no lo hacían corrían el riesgo de sufrir robos, incendios provocados o incluso ataques a sus instalaciones. El rastro del dinero era laberíntico y casi imposible de seguir, pero Keith sabía que Lamb no habría podido costearse la casa de la playa que acababa de comprarse y mucho menos el viaje anual para esquiar en el lago Tahoe, el flamante Cadillac Escalade o los asientos de primera que conseguía a pie de pista cinco o seis veces por temporada para ver a los Lakers.

Tiempo atrás, Veronica habría estado al tanto de todos estos avances en tiempo real después de fisgonear por su escritorio y descubrir su código de seguridad. Ya lo había hecho antes. Tal vez Keith debería haberla detenido aquella noche hacía once años, cuando se dio cuenta de que estaba husmeando en los archivos de Lilly Kane,

pero, por alguna razón que no llegaba a comprender del todo, fue incapaz de dejarla fuera. Su hija había ido tras la pista del asesino de Lilly con una firme determinación y Aaron Echolls había estado a punto de matarla —y luego a él— por las molestias causadas. El recuerdo de las llamas que le subían por las piernas, de saber que Veronica estaba atrapada detrás de ellas, seguía provocando que se estremeciera.

Pero aquello había ocurrido hacía mucho tiempo. Ahora eran socios. Su hija tenía casi veintinueve años, sus propios casos, su propia vida. Según le constaba, había respetado su decisión de mantenerla al margen de la investigación de las pruebas falsas.

La camarera se detuvo junto a su mesa para rellenarles las tazas de café. Veronica recuperó la taza y empezó su ritual compulsivo de adulteración de bebidas. Keith la observó en silencioso divertimento mientras ella sacudía el sobrecito de azúcar —cuatro veces, como siempre—, rasgaba un extremo y vaciaba el contenido en el café, al que seguía una buena dosis de nata. Repicó tres veces con la cucharilla en la taza y la colocó en una servilleta pulcramente doblada.

—¿Qué significaría para Lamb que declarasen inocente a Piojo? —La pregunta le salió disparada.

Keith dejó el crucigrama al lado de su plato vacío.

—Pues se abriría una investigación sobre la Glock robada. Conociendo a Lamb, encontrará una forma de quitársela de encima. Ya sabes, le echará la culpa a un par de agentes de bajo rango, los despedirá y proclamará que el departamento está limpio como una patena.

Veronica hizo un mohín.

—Al menos generará mala prensa. Eso podría perjudicarle en las elecciones.

—Bueno, no tiene rivales, así que es difícil que el caso de Eli cambie el resultado. Para eso necesitarías un escándalo lo suficientemente atroz como para que lo invalidara por completo como candidato.

Keith hizo un gesto hacia la portada del periódico, donde se veía a un sonriente Lamb que estrechaba la mano del alcalde en una ceremonia de entrega de premios.

—Estoy empezando a ver la democracia como el Siri de los sistemas políticos. Muchísimo mejor en la teoría. —Veronica apoyó el codo en la mesa y la mejilla en la mano—. Pero sigo esperando a que Lamb se saque un as de la manga: una caza pública de ganado, la instauración de la ley sharia, dejar frita con una pistola eléctrica a una estrella de cine color café con leche a la que no había reconocido... Algo tan horrible que la gente ya no pueda ignorarlo más.

—¡Esa es mi niña, siempre rezando por la caída de alguien! —Volvió a mirar su crucigrama—. Ahora ayúdame con esto. Necesito una palabra de ocho letras para «Nombre anatómico de Aquiles». Empieza por «C», a menos que «CAROL CHANNING» no sea el trece vertical, pero no creo...

Se vio interrumpido cuando sus móviles sonaron a la vez. Keith miró la pantalla.

Era un mensaje de Cliff.

El jurado ha vuelto. Diez minutos para el veredicto.

Sus miradas se encontraron. A pesar de su aparente calma, a Keith le dio un vuelco el corazón.

—¿Preparada? —le preguntó a Veronica.

—Sí, estoy preparada. —Agarró su bolso y se echó la chaqueta por los hombros—. Por cierto, es «calcáneo». Ya sabes..., el tendón que tenemos en la parte posterior de la espinilla. La perdición de Aquiles.

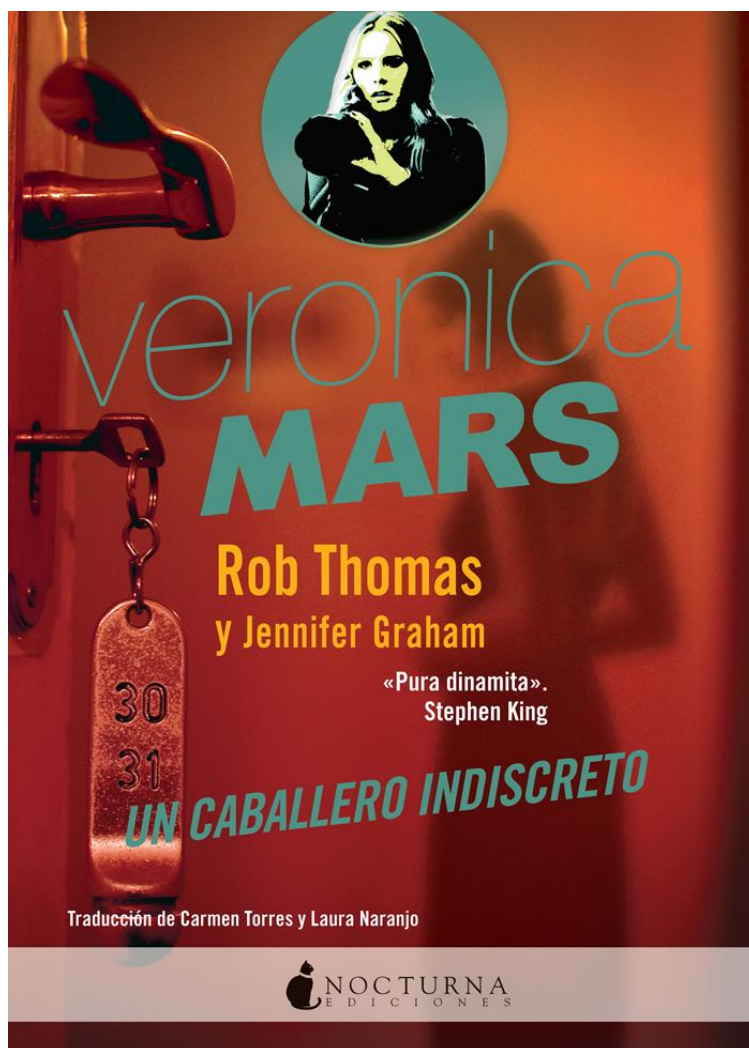
—Muy bien, listilla. —Keith le dio un puñetazo de broma en el brazo—. Vayamos a ver si tenemos algo que celebrar.

SIGUE LEYENDO

veronica **MARS**

UN CABALLERO INDISCRETO

Rob Thomas y Jennifer Graham



ISBN: 978-84-16858-01-9 | PVP: 15,95 € | A la venta: 31-10-2016

 **NOCTURNA**
EDICIONES

www.nocturnaediciones.com